



LA VISITA NUEVA.

## SOBRE EL PERÚ.

ARTICULO TRADUCIDO

Y DEDICADO AL CLARÍSIMO POETA Y ESCRITOR

D. J. Heriberto García de Quedo.

### I.

Con el título de *Mi viaje á la república del Ecuador*, tuve el honor de publicar en las columnas del SEMANARIO PINTORESCO del año pasado de 1854 una reseña del que realicé en 1843: hoy, cediendo á mi afición de ocuparme de aquellas regiones, recojo los siguientes detalles, debidos á un viajero artista extranjero que estuvo en Lima en enero del presente año.—Señor D. Heriberto, siendo si no me engaño la república de Venezuela la tierra que le vió nacer, y deseando yo hacerle tiempo dedicar algún modesto trabajo literario, como testimonio de la admiración y entusiasmo que me inspira la lectura de los suyos, he creído que lo que más podría excitar su interés sería un escrito que hablase de América. Mi artículo es al propio tiempo un *souvenir* de cuando nos encontramos reunidos en aquel almuerzo que el 40 nos dió nuestro común amigo el simpático príncipe Adam Witold Czartorisky. En casa de el ex-presidente del Ecuador D. J. Flores también tuve el gusto de verle á Vd. alguna vez; ya se ve, después fui á perseguir luto-faciosos, y Vd. me habrá probablemente olvidado, lo que yo á Vd. no, porque la fama de sus escritos me lo han hecho siempre presente á mi memoria... Siempre que mi ardiente fantasía evoca las reminiscencias de mis peregrinaciones por la América septentrional y la meridional, experimento vivísimo deseo de volver á visitar aquellas zonas, para trepar sus montañas arboladas y volcánicas, desde cuyas sulfúreas cumbres se divisa el Océano, asemejándose cuando está en calma á un vasto y límpido espejo. Bajando luego á los valles cultivados para admirar las plantaciones, inmensos cafetales de ramas nudos-

os y flexibles, pobladas de hojas de un verde oscuro y lustroso, de forma oblonga y puntiaguda, cuajadas de flores blancas como el ampo de la nieve. En esas tierras generosas se ve también el árbol del cacao de tronco elevado, de ramas porosas envueltas en una corteza amarilla, adornadas de grandes hojas oblongas y opuestas, algunos de cuyos retoños parecen flores de un lierno sonrosado que contrastan con el fruto largo, abarquillado y dorado, que hace plegar las ramas bajo su peso. Y en fin, esos campos enteros de la planta descubierta en Tabago en 1560, que se llamó en un principio *gerba de la reina*, según dicen á causa de haber sido un embajador de Francisco II el príncero que trasportó el *tabaco* á Europa y que lo regaló á Catalina de Médicis. De trecho en trecho y sobresaliendo entre los demás vejetales más de cuarenta piés, recuerdo el *pidano del paraíso*, cuyas hojas ovaladas, obtusas y largas como unas siete á ocho piés, rayadas de fibras transversales, según la tradición bíblica, pudieron muy bien servir de vestido á la primera mujer. Y en resolución, reinando sobre todo aquel inmenso panorama, ora destacándose sobre el limpio azul del cielo, ora sobre el vertegay del Océano ó sobre las tostadas arecas del mar, esos dos gigantes de los trópicos, graciosos y pródigos como todo lo que es fuerte; aludo al cocotero y la palmera... Pero veo que insensiblemente me iría desviando de mi objeto, dejándome arrastrar de mis propias impresiones, en vez de dar la traducción prometida, que versa sumariamente sobre las siguientes materias: El Perú.—Callao.—Lima.—Las peruanas.—La Alameda-nueva.—Y apuntes biográficos sobre el general D. Ramon Castilla, presidente del Perú.

### II.

La gran nombradía que los antiguos viajeros han acostumbrado dar al Perú, perjudica algún tanto á la impresión que experimentó el que por vez primera llega á dicho país, del que podrá llevar una idea poco favorable quien lo visite de paso; pero el europeo que por el contrario reside en él durante algún tiempo, hallará en dicho suelo atractivos que gradualmente irán en aumento y que le harán gratísima su estancia, por lo suave del clima cuanto por las amabilísimas prendas de sus habitantes.

Cuando después de haber costado la isla de San Lorenzo me vi frente del Callao, pronto á desembarcar en tierra peruana, confieso que me sentí chasqueado al aspecto salvaje y pobre de esta pequeña ciudad y de sus cercanías. Acababa de llegar de la república del Ecuador, país de una prodigiosa vegetación, y me había figurado que el Perú lo sería más todavía. No obstante, si bien se considera, el aspecto salvaje del puerto de Lima encierra algo grandioso por el lado del mar; con sus majestuosas fortalezas y sus casas pintorescas, asemejanse al puerto con sus pintados y cerrados balcones ó otras tantas jaulas elegantes; sus numerosos buques, el gran movimiento que se advierte en la playa, el desembarcadero cubierto de mercancías, el bullicio que allí reina anunciando un gran centro comercial, me indicaban una capital opulenta y variada. Un ómnibus mediante cuatro pesetas os hace salvar las dos largas leguas que separan el Callao de la capital; hoy día se ha sustituido el ómnibus por un ferro-carril que no estaba hecho cuando yo estuve, el cual se ha inaugurado bajo la presidencia del general Castilla. El camino, árido enteramente, me hizo la impresión de un mar de polvo en el que navegaba el carruaje tirado por cuatro jamegos flacos aunque vigorosos. Durante ese pequeño tránsito, solo se encuentran como á la salida un convento arruinado por los lambores de tierra, y al lado una casucha en que se expenden li-coces, donde hizo alto el mayoral para que descansara el ganado, mientras él mismo se refrescaba, como decía, con una especie de agua fuerte llamada *pisca*, del nombre de un pueblo famoso por dicho producto, y aunque es detestable, allí piden *pisca* como pudieran pedir Jamaica, coffee ó kirchen-wasser.

## III.

Hemos llegado á una alameda compuesta de cuatro hileras de grandes y frondosos árboles que nos conduciran á Lima; alameda fresca, en que serpentean los arroyuelos en medio de jardines de abundan los naranjos y las palmeras. El ómnibus entra finalmente por un arco de triunfo en los pobres barrios, y después de transitar por dos ó tres malas calles, pasa por otras mejores, dejándonos cerca de la plaza mayor, muy bella por cierto, con su pintoresca catedral y su fuente monumental de bronce. De desear sería que el palacio del general fuese de una arquitectura más digna del Perú. Al pronto me ocasionó una impresión poco grata el triste aspecto que ofrecen las calles y la poca elegancia de las casas; hasta que llegué á descubrir que es peculiar del país el esconder todo lo que es bueno y verdaderamente hermoso bajo las formas más sencillas y modestas, y esta particularidad se nota lo mismo en los trajes que en los monumentos y las ciudades. Los peruanos, por ejemplo, se ocultan en los pliegues del misterioso y polvoroso *chupa-y-manto*, no dejando entrever más que uno de sus dos ojos, grandes, negros y aterciopelados; las casas no muestran en su exterior más que paredes desnudas y ventanas cerradas; pero sus patios se hallan decorados con pinturas y flores tropicales, y el interior de las habitaciones están amuebladas con lujo, comodidad y elegancia; y hasta el templo mismo, cuyo frontispicio presenta el aspecto de una granja, no deja de ser por dentro espacioso y bien distribuido. Tocante al clima, es inmejorable: con decir que nunca llueve, no abundante rocío que cae durante cuatro meses del año, basta para apagar el polvo y fertilizar la vegetación. El puerto del Callao, aunque es una sencilla rada, es muy segura; jamás ocurren allí tempestades. Es una temperatura excepcional, y presta á los productos vegetales del país un sabor delicioso. La chirimía, que fuera de allí solo se encuentra en el Brasil, es el sentir de cuantos la han probado, es la reina de las frutas, y el coco es la más agradable de las legumbres.

Algunos europeos han inferido mal la franqueza y la hospitalidad peculiares de Lima; pero no han exagerado, por mucho que hayan dicho, la incomparable belleza de las mujeres de Guayaquil y de Perú; no es posible dejar de admirar sus ojos grandes, casi en demasía, pero de inexplicable dulzura, intérpretes en engañosa de un corazón bueno y generoso; su boca fina y graciosa, su perfil de gran pureza, sus lenguas y espesos cabellos, su tallo esbelto y agraciado, y sus pies y manos de una pequeñez capaz de desesperar á una audaz. ¿En qué consisten estas cualidades físicas? ¿Será solo en el clima, ó más bien en una primitiva emigración de pura raza andaluza, perfeccionada bajo el sol de los trópicos?

Si bien es verdad que la espulsion de los españoles del Perú ha ocasionado descalabros venenosos, contribuyendo á empobrecer el país, con todo todavía quedarán en él algunos caudales considerables, y se nota muchas damas adividas con joyas de un valor asombroso. Gracias al general Castilla, existe en el barrio de San Lázaro á orillas del Rimac un magnífico paseo llamado de la Alameda Nueva, donde se reúne por las noches todo lo más escogido de la población. Fue por cierto ruidosa la inauguración del dicho paseo. Nunca había ostentado Lima como en aquel día tanta elegancia, fausto y riqueza reunidos. Al lado de los flamantes y delicados carruajes ingleses, notábase aun tomando singular contraste, esos grandes y ricos vehiculos tan soli-

dos como antiguos. Lima podrá en adelante, gracias á su antiguo presidente, disfrutar nuevamente de su natural elegancia. El presidente Castilla, poco conocido en Europa, es hombre de una inmensa reputación en el Perú; razón por la cual vamos á dar en el capítulo siguiente algunos apuntes biográficos relativamente á la persona de este antiguo caballero.

## IV.

El general D. Ramon Castilla es uno de las glorias militares del Perú. Es, por decirlo así, una de las reliquias conservadas del puñado de valientes que se sublevaron los primeros contra la dominación española, logrando aniquilarla completamente tras de prologadas y sangrientas luchas, en la gloriosa jornada de *Agucacho*. Además de su brillante fama guerrera; otro título posee aun más relevante; el de *pacificador* de la patria, después de ser su *libertador*. El es quien ha hecho entrar á su país en la senda del progreso y de la civilización.

D. Ramon Castilla nació en *Jaujapa*, en la frontera casi de Bolivia, en 31 de agosto de 1797, de una familia distinguida por su procedencia y sus virtudes. La vida sin embargo de este héroe peruano fué asaz oscura, hasta el año 1816, que entró á servir en el ejército español, desde cuya época se distinguió por sus méritos y servicios, á los que únicamente debió sus rápidos ascensos. En 1822, célebre en los anales históricos de la república de la América del Sur, era capitán y se puso inmediatamente á las órdenes de San Martín, enviado por él de Chile para coadyuvar á la revolución del Perú. Terminó dicha campaña el 9 de diciembre con la victoria de Ayacucho, ganada por los ejércitos colombianos y peruanos contra las fuerzas españolas del virey La Serna. Bolívar y San Martín reconocieron á Castilla como ellos dotado de un vigoroso temple de alma; así que lo promovieron sucesivamente á los empleos de mayor, teniente coronel y general.

Los primeros pasos de una república naciente, por robusta que sea, suelen ser inciertos y vacilantes. El Perú durante largo tiempo fué presa de graves disturbios, en los cuales Castilla afeitó energicamente su amor al orden y á la probidad política. El presidente Ortegoso lo nombró general de brigada, creyendo haber de él un ejecutor pasivo de sus culpables proyectos, que consistían en poner á su patria á merced de Santa Cruz, presidente de Bolivia; Castilla en vista de esto se adhirió á las banderas de Salaverry, patriota ardiente que se había alzado para defender la integridad y nacionalidad peruanas; mas por entonces fué vencida la buena causa, y fundada por el general Santa Cruz, después de la batalla de Socabaya, la confederación Peruano-Boliviana que debió ser de tan corta duración. Chile, que era fiel aliada del Perú, facilitó á los generales Gamara y Castilla un ejército que titularon *restaurador*, y que destruyó el mal cimentado edificio erigido por Santa Cruz. En la batalla de Jangay el 20 de enero de 1839, Castilla mandaba como en todas las demás expediciones la fuerza de caballería, y su de tanta importancia en las guerras del Nuevo-Mundo. Gamara fué electo presidente de la nueva república del Perú, y Castilla ministro de Hacienda; pero habiendo recommenzado la guerra con Bolivia, el presidente fué muerto, y Castilla hecho prisionero. Vivanco reconquisto á Gamara, rebelándose contra su persona todos aquellos patriotas cuyo valor no había sucumbido á sus pasajeros reveses. Castilla, que estaba ya en libertad y que vivía retirado en el pueblo de su naturaleza, fué nombrado jefe de la Milicia Nacional; comprendió oportunamente cuándo fué llegada la hora de obrar, y á la cabeza de un ejército poco numeroso y compuesto de elementos diversos atacó al jefe impuesto á su patria. Auxiliado vigorosamente por los generales Nieto é Iguani, camino de triunfo en triunfo batiendo finalmente á Vivanco y restituyendo al Perú la paz y la libertad. Castilla fué aclamado por unanimidad presidente en 1843, desde cuya época la paz vino á ayudar al soldado valiente en otra clase de trabajos. Bajo su sabia administración todo se creó y se reorganizó rápidamente; la hacienda, empleos públicos, revisión de códigos, reformas en el ramo de guerra, en el de comercio, etc. Castilla en su febril actividad fué ayudado de todos los hombres más ilustrados, llamó en su auxilio hasta algunos de sus mismos enemigos, soñando su resentimiento contra ellos en obsequio del bien público. Y por último, concluido el término de duración prefijado para su presidencia, resignó honrada y pacíficamente el mando como un héroe de los tiempos antiguos.

Ahora los últimos notables acontecimientos del Perú, fechados del 3 de enero, nos anuncian que acaba de ser nuevamente proclamado presidente el general Castilla; parece ser que el ex-presidente Echagüe se preparaba á dar una batalla contra Castilla, cuando viéndose inesperadamente abandonado por parte de sus tropas, no tuvo otro arbitrio que regresar precipitadamente á Lima y ampararse bajo el porfollon británico, entrando aquel mismo día en su adversario en dicha población en medio de las manifestaciones del más vivo entusiasmo por parte de todos sus habitantes.

## FENOMENOS DE LA NATURALEZA.

## EL ETNA.

Ante sus portos de esplendente lumbre  
Que los montes convulsa y polvorienta,  
Mirad de Dios, en la palanca enorme,  
Del pabellón radiante la divisa.

Notad la majestuosa pompa de que se reviste ese fenómeno grandioso que descolaba como una columna flotante que vuela en el éter, llenando de pavor al mundo y de horror á los elementos; contemplad la magnificencia que despliega esa soberbia perspectiva, irguiendo en el espacio su penacho de fuego aplomado, y vomitando torrentes de escarlata, que desciende luego cual lluvia infernal, para ahorrar un suelo conmovido por la oscilación del terremoto: hé ahí á través del reflejo fosfórico el monstruo invisible que ruga y se revuelve en las entrañas de las campiñas *Nicolosi*, haciéndolas estremeber en horrendo sacudimiento; observad, terminado por las elevadas montañas de la Calabria, Dinamar, Erix y el Hojo-Monte, ese naseño hoministerio de Sicilia que despliega á la faz del hombre un pabellón de estrellas incrustadas en el cristalino azul del firmamento, donde apenas vaga una nubecilla plateada con átomos de bronce y contornos de nieve que en grupos livianos se mece y balancea á merced del vapor de la atmósfera límpida como el aura que la vivifica; ved ahí sobre el enorme cuadro que diseña la mano de la omnipotencia, el globo del astro nocturno que hiende y se eleva sobre la profundidad del cenit, vertiendo torrentes de luz que inunda las montañas y valles, preparándose á recorrer el espacio de su región periódica por ese cristalino sendero marcado por el dedo de Dios con un hilo de diamantes.

Admirad y temed: no preguntéis el origen de ese coloso, cuyo aspecho os aterra en vuestra mesquina esfera; no os adelantéis á los recursos inescrutables del Todopoderoso; ni pretendáis encadenar el monstruo que conmueve los fundamentos de la tierra que tiembla y se estremecede: ¿sabéis qué denota ese espantosa rumor? Es el soplo de Dios que inflama el orbe con su terrible aliento. Ved pues si cabe panorama de mayor gala y suntuosidad en la misera esfera de los mortales.

Avanza la noche, noche placida, tranquila y apacible: apenas sopla el viento, y se respira un ambiente fresco bajo esa cúpula gigante de terciopelo azul bordado de innumerables estrellas: ruga el mar no muy lejos con sus ondas transparentes ó aplomadas; las áridas ó verdes campiñas de la isla diseñan verdinegras y descoloridos matices serpenteados por cauces y plateadas vertientes; cascadas sonoras, grupos oscuros de arbolado, destacando en el vacío sus pirámides caprichosas informes, y mas allá limitadas por el cielo puro del Norte, las rocas del archipiélago de Eolo, coronadas con sus cumbreros negruzcos la séria de montes que por aquella parte encadenan los límites de la Sicilia.

Precedido de pintorescos bosques que forman pintoresco anfiteatro, levántase sobre un campo de lavas y cenizas volcanizadas el cono soberbio sobre cuya cuspide vomita fuego el terrible Etna rodeado de otros volcanes secundarios. Es admirable el efecto óptico que se contempla desde el inmenso castaño (1) que domina á los demás bosques de su segunda región (2), y sobre todo es también sorprendente la gran sombra piramidal del coloso de fuego en su posición aislada, cuya extensión hacia el archipiélago argentino escende de cien millas, y que á medida que la luna se eleva, retrase deprimiéndose gradualmente, hasta incorporarse al cono de la montaña.

La temperatura, aun en la segunda región del Etna, es deliciosa; eraeréis ballarós en Florencia, Niza ó Nápoles, esos vergeles de la Italia moderna, cuanas de los dioses de la antigua mitología, y otros tantos museos de primer orden para el arqueólogo, el naturalista, el filósofo y el historiador; apenas echariais de ver una ligera alteración en la escala del termómetro, aun hallándoos trasladado ya al segundo cuerpo de lava; pero no bien llegarais á entrar en la tercera región, el frío es bastante intenso, porque pisais un suelo de perpetua nieve que ordinariamente se promulga siete millas desde la conocida Casa de los extranjeros, hasta la Ermita de la nieve. Desde ella hasta el pie del cráter es preciso atravesar un buen trecho de lavas cortantes y peligrosas, á veces aun ardientes por los sulfurosos vapores impetuosamente lanzados, ó bien aguzadas sus puntas bituminosas, como pirámides también cortantes en repliegues cristalizados.

Desde los bordes del cuerpo superior y que constituye la superficie del plano vertical del cono, la perspectiva es imponente y horrorosa;

es un alarde del poder supremo, y con esta palabra únicamente puede explicarse.

Observemos el cráter.

Figuras un abismo erizado de prominencias calcinadas, presentando un plano inclinado en dirección oriental, cuya pendiente rápida pronunciada en escarpada declive, picólosa y se precipita en un fondo de fuego líquido que bulla hirviendo, entrojado de vez en cuando al aire piedras calcinadas y columnas de arenas y aguas minerales y bituminosas: ved que en ese enorme recipiente caen formando azules repliegues, torrentes de lava derretida, envuelta en nubes de humo sulfuroso; que procedente de otras bocas abiertas en los flancos interiores, se precipitan en el fondo de aquel, para aumentar su voraz consistencia.

Es inútil llevar mucho mas adelante vuestro sistema de investigación: vereis un globo escarlata que sepultado en las entrañas del abismo gira indistintamente sobre un limbo tenebrosa, cuyos vapores gaseosos asfixian; vereis, ó por mejor decir, vereis rugir en aquellas cavidades tenebrosas un monstruo coracado que vomita llamas y metal ardiendo, y cuya furia, no pudiendo caer en aquella mazmorra infinita de azufre, escupe al cielo infernales proyectiles y sepulta los pueblos bajo su ardorosa influencia. Ved pues aquel seno aterrador, cuyo espacio escude de dos mil toesas de circunferencia, amenazando siempre conover los quicios de las montañas, quebrantárlas, pulverizarlas y tragárlas; para volver luego á vomitárlas en fragmentos vitrificados, ó en cenizas caldeadas por el fuego que hierve en sus entrañas.

Pero notad que de repente se improvisa una de esas aterradoras faces; el humo que condensaba el cráter ha desaparecido, y dejase ver esta en toda su terrible majestad. La transparencia de sus paredes negruzcas brilla con un tinte livido, azulado y siniestro, merced á las llamas que flamean y la men sus límites laterales, formando la ilusión de un pozo de oriflama con baño de cristal y pista húmeda, en cuyo fondo hulle de continuo un foco de materias inflamables é indefinibles por la profundidad, pero que tienen color de oro, visos de torresolado fuego y hedor mineral.

Si la subida en estramo paucosa ofrece riesgos considerables, el descenso todavía tiene mayores peligros que no siempre es fácil evitar. La especie de entorpecimiento físico que experimentan los sentidos y que suelen producir ordinariamente un dolor lancinante en la cabeza, efecto de los gaseosos vapores que se volatilizan á la región cerebral, el frío intenso y excesivo, el viento, cuyo impulso azola con tremula glacial las partes del cuerpo expuestas á su inclemente acción, y mas que todo esa continua oscilación del terreno producida por la sorda explosión del fenómeno subterráneo, todo esto, sin contar las eventualidades de una erupción, hace peligrosísima la retirada de la cumbre del Etna. Si á esto añadís las dificultades que á cada paso os prepara un camino áspero por las cortantes lavas resbaladizas que amenazan precipitaros á un abismo, y los precipicios y breñas que os esperan, comprenderéis desde luego cuán grave y precaria es la situación del hombre que se lanza intrépido y temerario á sondear los portentos de la Omnipotencia.

¡Oh vosotros, incrédulos ateos, hombres portujos, obcecados en una falaz y errónea filosofía! venid sin reserva, y á vista de esa irrompible maravilla deponed el orgullo de vuestra insensatez, arrojad el velo que ofusca en vuestra mente la realidad de la esencia misma de la fe, y reconoced á pesar de vuestra impiedad los portentos de la mano pródiga del Todopoderoso iniciados en esa débil muestra de los atributos de su grandeza divina.

José PASTOR DE LA ROCA.

## APUNTES HISTÓRICOS SOBRE LOS ÓRGANOS,

POR EL PROFESOR DE FÍSICA D. JUAN MIEG.

## ARTÍCULO SEGUNDO.

(Continuación.)

Alemania, patria de los príncipes de la música instrumental *Hayden* y *Mozart*, lo fué también de los mas célebres organistas *Bach* y *Vogler*, y estos admirables artistas en sus ratos de inspiración sabian producir efectos sorprendentes desconocidos en el dia. La familia *Bach* y sus descendientes cuentan muchos organistas distinguidos, y los estudios de órgano de Emanuel y Sebastian *Bach* se conocen como clásicos célebres en todos los países cultos. Jamás se me olvidarán los ratos deliciosos que, siendo aun muchacho, hace mas de 60 años, pasé en algunas iglesias de Suiza, al oír un organista de la familia *Bach* tocar ciertas escenas bíblicas, tales como la creación del mundo, el paso de los israelitas por el mar Rojo, el juicio final, etc.

(1) Se le asegura que pueden tomar sombra al pie de este árbol cien caballos.

(2) Divídese en tres regiones el terreno que media desde Catania hasta la cumbre del cono: primera, region inferior; segunda, region cultivada; y tercera, region árida.

El abad Vogler era tal vez el mas eminente organista de nuestro siglo. Fué tambien artista científico, músico y compositor profundo. Inventó un mecanismo ingenioso á propósito para dar al órgano lo que se llama *espresión*, con todos los matices del *piano*, *crescenda* y *forte*; simplificó al sistema material del instrumento de tal modo, que suprimiendo gran parte de los caños unisonos producía sin embargo mas efecto que con el número total. Esto puede parecer paradoja á muchas personas no iniciadas en los fenómenos de la acústica, y sin embargo es un hecho probado cuya confirmacion se halla tambien en un artículo curioso y auténtico que un organista benedictino del convento de San Pedro de Salzburgo (patria del célebre Mozart) mandó insertar en 1815 en un periódico alemán muy conocido. En dicho comunicado se dice, entre otros, lo siguiente:

«En julio de 1803 el abad Vogler, durante su permanencia en Salzburgo, arregló el órgano de San Pedro del convento de benedictinos conforme á su sistema de simplificacion. Dicho órgano tuvo primitivamente 1505 caños, de los cuales se suprimieron 528 para servir mas tarde á la construcción de otro órgano nuevo. Los 777 caños restantes constituyeron el órgano actual de una energia superior á diez mayores instrumentos de la capital de Viena. El teclado manual baja hasta el cañón de 16 pies de longitud, y en el pedal compuesto de 18 teclas, se oye la flauta de 32 pies. Conforme á dicho sistema de simplificacion, 480 caños serian suficientes para construir un enérgico órgano, y este número se halla en los instrumentos mas ordinarios.»

«En un concierto público que dió el abad Vogler para beneficio de las viudas e huérfanos de nuestros guerreros muertos en el campo de batalla, á presencia de dos príncipes hereditarios y de un número innumerable de oyentes, tuvimos el gusto de oír aqui en Salzburgo los efectos varios de este enérgico órgano simplificado. Oímos una brillante sinfonia, un adagio sentimental, un lindo repique de campanas (sin campanal), un delicioso concierto de flauta (sin flauta), una tremenda tempestad, y una admirable fuga sobre el alefeya de Pasqua.—El artista incomparable sacó del majestuoso instrumento como por encanto sonidos y armonías inconcebibles nunca oídos. Alto arrobamiento se apoderó de todos los inteligentes en música; pero hasta los no inteligentes salieron encantados del templo en que, gracias al mágico poder del eminente artista, las horas trascorrieron como minutos.»

Los franceses tuvieron tambien algunos organistas notables. *Duquoin*, muerto en 1772, sorprendió á menudo á sus oyentes contemporáneos con sus admirables caprichos en el órgano, imitando á veces el canto del ruiseñor con una ilusion capaz de engañar á los mas inteligentes. *Bauvriat Charpentier* era tambien un hábil organista mas reciente, cuyo juego podía á veces recordar á los parisienses al niño *Duquoin*. A principios de este siglo el organista mas célebre de París era *Séjan*, que en la catedral de Nuestra Señora encantó muchísimas veces los oídos del hijo de mi padre con otra innumerable de apasionados. El eminente poeta abad *Delille* en su poema didáctico intitulado *Los tres niños de la naturaleza*, al celebrar el poder de la música, dedicó á *Séjan* los hermosos versos siguientes, que me hallé incapaz de traducir de un modo tolerable.

De l'instrument sonore animant les organes,  
Séjan a prèdité: oin d'ici loin profanes!  
De l'inspiration les sublimes transports  
Échauffent son génie et dictent ses accords.  
Ses ses habiles mains le seulment voyage;  
Chaque touche á sa voix, chaque fil son langage.  
Il monte, il redescend l'échelle des tons,  
Et forme, sans desordre, un délale de sons.  
Que de variété! Que de force et de grace!  
Il frappe, il attendrit, il soupire, il menace.  
Tel au gré de son souffle, ou terrible ou flatteur,  
Le vent fracasse un chêne, ou caresse une fleur.

En un órgano de Alemania me acuerdo haber visto escrito los versos siguientes de no sé que autor.

Organa plausibili clangunt, resonantia, flatu:  
Pulsa melos blandum, quod modulatur, habent.  
Vox agitat multos, homines, impulsibus hostis?  
Este Deo grati; reddite dulces melos.

Tambien podrían convenir para semejante instrumento los siguientes versos de nuestro célebre Iriarte:

Con su dulce expresión, grata al oído,  
Mide y combina el tiempo y el sonido.

Pero basta ya de órganos propiamente dichos; pues en el artículo siguiente trataremos de algunas otras máquinas de música, que se referiré mas ó menos al órgano.

## LA CORTE DEL ALMIRANTE.

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR D. VENTURA GARCÍA ESCOBAR.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO VI.

AL QUE MADRUGA DIOS LE AYUDA.

Galopaba á su sabor el travieso pajeillo por la estrecha vereda que conduce á la fortaleza de su señor, é imitábase penosamente su inesperado compañero de caminata. Un razonable trecho dejaron atrás, sin cruzarse palabra alguna y sin mas comunicacion que la consabida lousada á que habia vuelto el jóven, y á lo cual el viejo habia singular dúo con un sordo y vergonzante murmullo de mediano descontentamiento. Pero aunque el cantor parecia tranquilamente entregado á su pasatiempo, no dejaba de preocupar su imaginacion una idea de cierta importancia. Pensaba pues que el anciano camarada era portador de algun asunto interesante y de extraña relacion con el Castellano de Tordehumos. Y tenía para ello sus antecedentes lógicos. Y discurría poco mas ó menos en estos ó semejantes términos, sin dejar por eso su estribillo, ni olvidarse de pauer los talones de vez en cuando á su animoso montura.

—Este mal humorado Mendaya sabe á mi juicio mas de dos cosas que atañen á la bella esposa del famoso y velusto almirante. El sirvió constantemente al padre de la condesa; y cuando este la hizo casar *velis nolis* con aquel acartonado señor, el escudero la acompañó al palacio del almirantazgo, donde permanece destinado esclusivamente al servicio especial y reservado de la ilustre hermosura. ¡Esto es algo!

Y para refrigerar su magin echaba al viento una copla de su pizante y temeraria cantion.

Dineros pide y dineros  
á España Su Magestade,  
magier que España no tiene  
pan, que á la boca llevara.  
¡Castellanos, Castellanos,  
los hijos de buenos padres,  
no finqueis en tal diablama,  
guáresced la libertad!»

Y estos melancólicos acentos se iban á perder por los convecinos valles, que devolvían un eco lejano é indefinible, cual si fuese el suspiro de la patria evaporándose al trono de Dios.

Por otra parte, prosiguió nuestro doncel, si mis señas no mienten, entre la condesa y mi señor deben mediar historias de lengua y no placentera relacion. Secreto hay pues en campaña. ¡Y quién sabe si será una cáhala contra mi buen duque, distraída por sus enemigos con el ropaje de aventura... Los tiempos son para todo. Preciso es tomar con cuenta este negocio. El almirante puede muy bien querer jugar una mala pasada al antiguo amante de su esposa... ó al campeon de la comunidad. Todo puede ser. ¡Aqui de tus mañas, príncipe de los pajes contemporáneos! Se trata acaso de la vida y de la honra de tu señor, de tu padre. Veremos si es cierto el refran que dice «al que madruga Dios le ayuda.»

Detuvo súbitamente su caballo el jóven, y volvió su cabeza en actitud de comunicar con el escudero; mas viendo que éste venia aun á considerable distancia, se recostó sobre el arzón de la silla, decidiendo á esperarle, y torciendo para hacer mas llevadero el rato, á su tantas veces interrumpido y anudado romance.

Hemos buenos de Castilla  
que nos trovos escuchades,  
tornad por la limpia honra  
que de abo tempo heredastéis.  
La patria yace acuitada,  
los sus campos son eriales,  
coal buérlana sin ventura  
dia y noche pláñe y pláñe.  
La grossapia de Pelayo  
ya no rige el gobernallo  
de la España, que á lanzadas  
le ganó al malsin Alarbe.  
Al haquele de otra guisa  
no se stropán flacos canes,  
cual sobre esta honrada tierra  
esos vampiros de Flandes.

Plégole un tudesco avanto  
al emperador nos dare  
por arbitrador del reino,  
del reino sin voluntad.  
Y en mal de nuestras franquezas,  
y talando inmundades,  
malpara los estamentos,  
y al pueblo mofa leale.  
¡Por Santiago, por Santiago!...  
ahora estraños finajes!...  
que ni se amamantan siervos,  
ni mano a leve se lame  
en cuanto el Pisierga bords,  
y el Duero y el Tajo baten,  
y en cuanto abarcan los riscos  
de Covadonga y Sobrarbe.  
¡Castellanos sin mançilla,  
los hijos de añeja sangre,  
hómes buenos, hómes buenos,  
que mi cántiga escuchades,

no finqueis en tanta mengua,  
sed lo que fuéades antes,  
y el pendon morado alzando,  
guáresced la libertad!

Terminar el postrer ritmo de la marcial tonada y llegar Mendaya al pajecillo fué cosa de un mismo instante. Levantó este su vista al sentir la llegada del primero, y sin darle tiempo para salir con algun ex-abrupto y procurando serenar los ojos enardecidos del entusiasmo inflamado en su alma por el cantonacional, dió principio á su proyecto de exploración, resauudando la plática con magistral desembarazo.

—Figurábame, respetable Belardo, que os habia el apacible Morfeo tomado bajo su proteccion, segun lo poco que habeis animado á vuestro rollizo Buefalo! ¡Vaya que, si no se me ocurre curar de vos, hubiera llegado, no solo á Tordehumos, sino hasta el fin del mundo antes que oyéseis bajar los rastrillos de la plaza, ni podido besar las manos al noble D. Pedro Giron!

—¡Qué Morfeo ni qué venablo! ¿Os parece que tengo los huesos de lana pera seguir el humoc á ese endiablado bicho que montais?... Bien que por lo demás no tengo prisa, y me sería punto menos que indiferente llegar á Tordehumos hora antes ú hora después.



—Vamos, vámos! no querais parecer mas malo de lo que es regular. ¡No llevais urgencia, y tomáis una madrugada capaz de quedar al mas garrido como una estátua de sal!... Por Dios, Belardo, que no soy tan payo como me hace el sayo.

—Qué queréis! Cada uno tiene sus maneras de gobernarse.

—Pero es una manera que tiene muy poco de saludable y mucho de menguada, dejar sin qué ni para qué los abrigados finos, para salir á la delantera del sol en una mañana que no es por cierto la de san Juan! Digo y repito que esa no cuéla, y que hay moros en la vega.

—Ni moros ni cristianos. Llevais traza de hacerme mensajero de alguna aventura caballeresca; y por vida de Lain Calvo...

—Que es tan cierto, como cierto es que intentais escuparos de mi con vuestro secreto. Pero vais con Dios, que no me importa ello mas que los amorios de Melisendra. Y acaso acaso sepa yo algo de ese misterio, que tan á parto pone á vuestra invulnerable discrecion.

—Ya va siendo!...

—Ah!... Ah!... ¡Qué apostais, amigo Mendaya, á que voy *circum circa* de esa mission recóndita y peliaguda?

*¡Mensajero suis, amigo;  
non tenedes culpa, non.» (1)*

No tenéis culpa, en verdad, de que yo haya adivinado mas de lo

que vos quisierais y entenderáis convenient; sino que, aparte de mis apuntes al márgen, la naturaleza me ha dotado de cierto don inquisitorial y escurridizo, que se cuele en las conciencias del prójimo como el viento por entre los brialos de la honestidad. Perded cuidado, que ya le haré yo entender á mi señor que os habeis portado como un confesor de monjas. Oh! eso es otra cosa! Comprometer yo al honrado é integérrimo Mendaya, despues de dispensarme su confianza y puridad!... Mal pecado!...

—Cuando soltais la tarabilla, todo es camino llano, y no hay poder humano para vos. Ah! vais ensartando discursos como quien no quiere la cosa, y veo vendreis á dar al fin en alguna sandez enorme, tal como la de hablar al señor duque...

—Oh!... si os enoja eso, no hablaré mas que un difunto. Quédece en buen hora para entre los dos vuestra franqueza, y empalado me vea si digo esta boca es mía.

—Me poneis en camino de darme á los malos. ¡Dónde está esa franqueza y lieura de pecho, sino en vuestras locas y antojadizas mentes! ¡Poder de Dios, que al muchacho se le antojan los dedos huéspedes!...

Prorumpió el paje á esta sazón en una ruidosa carcajada, seguida de otras mas y mas retumbantes, y poniéndose las manos sobre los ijares, como quien procura no reventar con el exceso de la risa. Contemplábale absorto y cati-acontecido su interlocutor; y como el otro no daba muestras de poner cabo á tal estrépito, hubo de decirle en tono de significativo retintin:

(1) *Homages antique.*

—¡Así Dios me salve, como no tenéis un adarme de seso, y como sois la criatura más avieja y desatentada que nació de madre. Pero, si por vuestros pocos y mal aprovechados años, creéis á mansalva hacer el buñón á costa de mis honradas canas, puede ser que deis en vago y las canas se vuelvan lanzas!

—Perdonadme, mal sufrido Belardo (y decíale esto el jovial manco entre restos mal comprimidos de maliciosa risa), perdonadme deiros que vos y nada más tenéis la culpa de mi picante salida.

—También esol... (y apietaba los puños el amostazado cocudero.)

—Eso y algo más. Y otro día encargad á vuestra ropilla que se ponga de acuerdo con vuestras palabras, para evitar que quedéis mal en aquello del octavo mandamiento.

Y señalaba con su dedo índice cierta cartera de bordado terciopelo violeta, en cuyos ángulos exteriores se hallaba trazado en plata el escudo de la casa de Giron, que asomaba por entre la descompuerta botonadura del anciano. Este con un movimiento rápido trató de ocultarla nuevamente á la radiante mirada de su denunciador; pero solo consiguió dar á este una prueba más de que allí se encerraba el arcano, en cuyo pos se afanaba con todas las venas de su entendimiento.

—Y todo ello se explicá muy naturalmente, prosigió el imperlurbable jovenzuelo. Vuestro jupon tiene bolsillo interior, con el galope de vuestra acémila saltó de él esa bella y misteriosa cartera, y como, gracias á vuestra madrugada y apresuramiento, no curásteis de ajustarlo del todo al anteojo soleto, halló la fugitiva espacio por donde asomar indiscretamente, y aun de sacar á la temprana luz ciertas emmarzadas cifras que alguno sabrá bien y sabrosamente deletrear.

Mohino y cabizbajo yacía Mendaya, mientras de tal modo Elvir gozaba de su triunfo, y procuraba en su mente con feliz imaginación completar el mal habido secreto. Pero en lo mejor de sus cálculos, Mendaya, maldiciendo su descuido, se veía precisado á hacer del ladrón fiel, como suele decirse, enderezaba triste y pausadamente las palabras que ramos á repetir á los lectores de esta ignorada cuanto verdadera historia.

## CAPÍTULO VII.

### CRÓNICA DE FAMILIA.

—Sé muy bien, Elvir, que tenéis grande y afectuoso lugar en el ánimo del señor D. Pedro de Giron, y podrá ser que hayáis alguna parte en los desahogos de su pecho. Pero sois demasiado jóven y sin maduro juicio, para comprender ciertas cosas de este bien llamado valle de lágrimas. Porque si pudierais adivinar cuánto desabrimiento hay en algunas variedades de la vida, seguro estoy que habríais respetado mi secreto, y dejado libre mi camino.

—Y hien! lleváis una misiva de vuestro hermosa señora para mi arrogante señor. Esto es todo. Y por cierto que para adivinarlo no se necesita acudir á cabañas ni encastamientos. Pero ya que por lo grave tomáis el caso, cumplidme deciros que, aunque poco entrado en años, se me alcanza algo del mundo, y no dejó de dar á cada cosa su natural color. Andad, andad pues en paz; que fuera sandez atravesarme en vuestro camino, cuando puedo ir delante y por mi propio pie.

—Tanto mejor para ambos. Bistaos con lo que habéis penetrado, y no queráis ir más allá, como caballo ciego y descaminado.

—¡Pardiez!... no llevaréis á mal que yo sepa lo que cuentan más de vos. Hablo de los desafortunados amores de mi jóven señor y vuestra condessa, mal maridada con el temperario almirante, á quien su riqueza y poderío no pueden quitar de encima sus sesenta invieros, sus arugas y pésima condición.

¡Malditas bodas y maldito el forzador de ajenas voluntades!...

—Callad, callad, por Cristo crucificado, que camináis sobre ascuas.

—Ya se vé!... interpuso su irresistible mediación el cardenal Flamenzo, y el pusilónime cónde no supo oponerse al capricho de tan altas potestades.

—El vulgo siempre exageró y ahulló cuanto atóne á la vida de los poderosos.

—No hay exageración, ni cosa que lo valga. Decidme sinó con juramento que vuestra señora vive muy feliz bajo el árido lecho de su desapacible esposo, decidme que no mira desahogarse su juventud en insoportable soledad, decidme que desde su funesto consorcio ha visto un día siquiera salir el sol sereno y benéfico, como en los tiempos que servían su existencia los amantes suspiros de mi mal pagado señor... Juradme todo esto; y entónces creará que esa alianza tristísima no haya de ser fundamento de mala ventura y perdición.

—Ya; pero si vuestro duque también se fué á las enemistades del emperador, y dió asilo en sus estados á los procuradores más insolentes y discolos!...

(Continuará.)

## EL AMOR COMO ELEMENTO DE ARTE,

CONSIDERADO

en la poesía lírico-erótica de los provenzales.

### ARTÍCULO TERCERO.

(Conclusión.)

Voltaire, el impío, el escéptico, el inmoral Voltaire, que hubiera dignamente corrido parejas con la mayor parte de estos trovadores, concluía las cartas que dirigía á sus amigos, á los enciclopedistas Diderot, d'Alembert, Helvétius, Bonat, d'Holbach, Condorcet, la Mettrie etc., etc., con la impia frase de «pisoteemos al infame.» Está infame á quien él y sus amigos querían pisotear, era la sagrada persona de N. S. Jesucristo. Mas el impío Voltaire á los primeros síntomas de una enfermedad cualquiera llamaba al sacerdote que acudía á la par del médico. No era por cierto la doliente persona del patriarca de Fernex la que llamaba á su cabecera al sagrado ministro del Señor; no era tampoco las doctrinas que predicaba en su tragedia *Zaira* cuando decía de esta respetabilísima clase:

*Les pretres ne son pas ce qu'un bon peuple pense:  
Notre crédulité fait toute leur science.*

Por lo que obligaba al enciclopedista del siglo XVIII á suspender por un momento el hábitual tejido de sus impiedades; á entrar en gracia con aquel infame de quien hablaba en sus epístolas; á postrarse, cual humilde infante, á los pies de un confesor y á romper de un golpe con todo su pasado; lo que á humillar su ciencia enciclopédica le llevaba, era la fé religiosa, las tendencias cristianas de ese mismo siglo XVIII en que vivía. Siglo que, como el nuestro, se hallaba bajo la fecunda presión de esa fé religiosa, de ese espíritu cristiano que el siglo que precede dejó siempre al que sigue, cual preciosa herencia. Y el siglo XVIII, deseoso de trocarla por otra, por la duda filosófica, que tal fué el término constante de sus aspiraciones, quiso primero rebajarla, escarmentarla, vilipendiarla, para que establecido el parangón entre una y otra, la fuese disimulado el optar por esta última. Esto fué una locura, una insensatez, una maldad.

Es que nunca se rompe la cadena de las ideas morales que elaboró á las generaciones que nos preceden, como tampoco se hace pedruzcos la cadena de las ideas científicas. Es que sigue con más ó menos rapidez el curso de las cosas humanas, y jamás se interrumpe ni suspende. Y Voltaire y los poetas de Provenza renegaban de la fé religiosa por ira, por encono y despecho: como reniega el hombre criminal de la ley que pone un freno á sus perversas intenciones. Porque mal podía avenirse con la rigidez de los preceptos evangélicos, en el siglo XII como en el XVIII, el espíritu libertino de uno y la conducta relajada de los otros.

Hé aquí explicado el cambio repentino, la transición brusca que se opera en la vida de la mayor parte de los poetas provenzales; cambio, transición, que podrá ser un oscuro logogrifo, un misterioso enigma, cuya adivinación apenas costará muy poco al que tenga presente el espíritu del adagio español, *el diablo habla de carne se metió fraile.*

La literatura provenzal que solo dura en su rápida existencia tres siglos, y á todo tirar, los siglos XII, XIII y XIV, se mueve infecunda en un círculo esas estrecho, pues solo comprende tres términos: los poetas líricos, los poetas satíricos y los poetas épicos. Los primeros, será bien los dividamos en tres distintos grupos, correspondiendo cada uno de ellos á un siglo. Entran en el grupo del siglo XII Guillermo de Aquitania, Ceza-Mons, Pedro de Valera y Pedro de Auvergne. En el del XIII citaremos como principales á Pedro el Viejo, Gerardo el Bojo, Bernardo de Ventadour, Guillermo de Cabaretas, Pedro Vidal, Hugo Brunet, Rambaldo de Vaqueris, Pedro Roger, Guido de Ouessel y Anselmo Faydit. Hallamos por fin en el grupo perteneciente á principios del siglo XIV, á Biscas d'Aulps, padre, á Biscas d'Aulps hijo, á Cabenets, á Gerardo Riquier, á Arnaldo Daniel y á Arnaldo de Marveil. Pues tomese cualquiera, como nosotros nos lo hemos tomado, el prolijo trabajo de examinar estas poesías, y descubra desde luego, y sin esfuerzo, y en todas ellas, esos dos caracteres que nosotros las venimos señalando desde el principio de estos artículos, á saber: el de un amor impuro, asqueroso, repugnante, nauseabundo; y el de su espíritu religioso, impío, perverso. Descubrirá además otro carácter general de que todavía no hemos hecho mención; carácter artístico muy importante para nuestra consideración crítica, porque nos resuelve el problema del brillo artificial de la literatura provenzal y de su pronta degeneración y muerte. Ya se les alcanza á nuestros lectores que queremos hablar de la uniformidad y monotonía de idea y sentimientos poéticos de dichas poesías.

El amor, tal como de antemano le hemos caracterizado, hé aquí el tema perpétuo sobre el cual tejen sus composiciones poéticas los trovadores de Provenza. Para este trabajo de elaboración merdada se

escogen tres ó cuatro puntos que sirven de base, y después se procede á levantar el edificio. Una bella y arrogante dama, pero unida á un marido celoso por los vínculos del matrimonio; que es raro el encontrar un trovador que se enamora de una doncella, siquiera sea tan linda como la Venus de Apelles: un amor que á las primeras de cambio se muestra hosco, desdenoso, ingrato, pero que al fin hablan de su fugitiva dureza á compás de lieros y melancólicos suspiros: una naturaleza risueña, pintoresca, lojosa, de donde saque fecundas, graciosas comparaciones de placer y ventura el trovador enamorado: tales son las tres cuerdas de la lira que sus dedos pulsan. Mas tarde diremos cómo y en qué progresión arrancan de su instrumento estos sonidos.

Veamos ahora las ideas culminantes en la manifestación satírica de la literatura provenzal. Bertrand de Born, Pedro Vidal, Rambaldo de Vaqueiras, Gerardo de Borsell, Pedro Cardenal, Peiron de Roquefort, Pedro de Auvergne, el monje de Mont d'Or, Bertrand de Alamanon, Rambaldo de Orange y otros poetas satíricos que se nos ofrecen, como algunos de estos, incluidos en el primer grupo de los poetas líricos, hacen igualmente girar la esfera de sus violentas y mordaces sátiras en el pequeño círculo que tratan un escaso número de ideas. Las creencias religiosas, las creencias políticas, las mujeres, el matrimonio, las cruzadas, las poesías de otros trovadores rivales suyos: hé aquí ese corto número de ideas que á manera de miras sirven á estos poetas para trazar el plan de sus ataques. Hay á veces en ellos, y particularmente en Pedro Cardenal, sentidos apóstrofes, calorosas palabras de censura, rasgos de noble y santa indignación contra los principales vicios que se destacan fijos y repugnantes del fondo también vicioso de la época. La cobardía de los trovadores, sus compañeros de profesión; el escandaloso abuso que hacen del amor; el excesivo apego á la guerra de los señores feudales; la simonía que, cual inmundicia lepra, se extiende por todos los miembros de la sociedad de la edad media; la corrupción del clero y otros vicios no menos degradantes, son varias veces objeto de la desnuda sátira de los poetas de Provenza. Pero ¡ay! ¡Cuántas fases de doloroso aspecto nos presenta esta misma crítica! ¡Cuánta exageración de ideas que las hace caer en opuestas defectos!

Al vituperar la cobardía se hacen cruces, y anhelan respirar sangre y fuego como Sordello de Mantua, el Tiberio, el Nerón poéticos de los trovadores. Al protestar contra el abuso del amor, oímos de boca de Guillermo de Poitiers y de Blacasset las palabras que hemos citado, y de boca de Anselmo Fydit, « que no hay mal en maltratar á la mujer después de haberla deshonrado. » Y hallamos que á esta tenor caen los poetas satíricos en Provenza, de Escocia en Caribdis. Es aquello de Horacio « tienen miedo de remontarse al cielo y se arrastran sobre la tierra. » Porque la sátira de un vicio cuya opuesta virtud no posee el que la usa, no es sátira noble, digna y decorosa. Es un arma vedada, de mala ley, un arma traidora de que no puede servir en el combate, y que se tornará contra él. El monje de Mont d'Or no podía quejarse de la corrupción del clero, cuando con su persona llevaba por todas partes un perfecto declinatio de vicio é inmoralidad. Para que su punzante sátira hubiese ido á herir el blanco hacia el cual su mirada encaminaba, era menester que otro trovador hubiese podido decir de él á sus compañeros de profesión lo que dijo á sus cortesanos el rey D. Sancho IV de Castilla, al presentarles al héroe de Tarifa: « aprended, caballeros, á amar labores de bondad; cerca tened el dechado. » Mas el decir esto al buen fraile de la abadía de Mont d'Or, en Auvergne, hubiese sido una burla, un insulto, una calumnias.

Veamos en el próximo artículo los elementos que entran en la parte épica de esta literatura.

ANTONIO DE AQUINO.

## JUSTA Y RUFINA.

CUENTO

por Fernán Caballero.

### CAPÍTULO VI.

Algun tiempo después la infeliz Piedad se sintió indispuesta con violentos dolores de estómago; se quedó á su buena vecina y maestra sin que lo expresara su madre, y esta le suministró alguna bebida calmante, y su incomodidad se aplacó; pero no quedó buena, y á los pocos días el mal se reprodujo, y la buena anciana almirada habló sobre ella á Rufina; esta se incomodó; le dijo que con sus manos metía en aprensión á su hija, y le prohibió de pisar su habitación.

Entre tanto los ataques se repetían, y la pobre niña, sufriendo horroresamente, iba de mal en peor. Cuando salía su madre, que la dejaba encerrada, la buena anciana hablaba con la pobre enferma al tra-

vés de la cerradura de la puerta, y se enteraba de los progresos de la enfermedad. Pobre víctima! sería después á las demás vecinas, está mortal, y se morirá sin auxilio divino ni humano! Esto es una iniquidad nunca vista! Esa mujer sin entrañas no es madre ni puede serlo! Esto no se debía permitir.

—¿Y quién se mete con esa mujer que es una fiera? decía la una.

Como Vd. quiere tanto á Piedad, decía la otra, puede que se alarme Vd. sin motivo; pues qué gestó su madre sorda y ciega? Pero Vd., tía María, siempre está sintiendo lo de todos, y le ha de suceder lo que al cura de Tribujena, que se murió de sentir penas ajenas.

—¿Cómo te hallas, hija mía? le preguntó pocos días después la buena anciana á la enferma, y la voz respondió mas tenue y mas lastimera que nunca:

—Mal, tía María, los dolores me despedazan las entrañas; me abruzo, y cuanto lo mo arrojo.

—¿Y qué tomas, hija de mi alma?

—Agua.

—¿Y nada mas?

—No tengo otra cosa.

—Qué inhumanidad! qué herejía! Hija, quién pudiese entrar á asisterte!

—Ay sí! ay sí! y un padre, porque creo que me voy á morir. Tía María, ¿no perdonará Dios si habero sin confesión?

—Sí, hija de mi vida, si tú no has pecado; pero aunque lo hubieses hecho, basta, cuando no se puede tener un ministro de Dios á su lado, con arrepentirse de corazón, ofrecer al Señor sus sufrimientos, é implorar su misericordia, para que nuestro padre nos perdone y ayude. Pero, hija, tú no estás en ese caso.

—Sí, tía María, sí; y me siento mas sino el no volver á ver á Vd. Nadie sino Vd. me ha querido, nadie sino Vd. me ha enseñado que hay un Dios en el cielo que es nuestro Criador y padre, que promete el cielo á los que lo aman, y así me ha quitado Vd. el horror á la muerte, y llenado mi alma de consuelo; pero yo no quisiera morir tan sola! quisiera en mis dolores y agonias los consuelos de la religión santa y dulce!

—Díselo á tu madre, alma mía.

—Se lo he dicho, y no quiere.

—Pobre, pobrecita mía! qué vida has tenido y tienes! pero recuerda, inocente mía, que la santa rosa ama á las espinas entre las que se cria.

La buena anciana se fué desconsolada y estremeida; aquella noche no pudo dormir, y si con su persona, volvió su corazón á la cabecera de la enferma. Le había prometido orar á Dios para que en caso que fallase fuera con todos los consuelos y socorros espirituales, y así lo cumplió pasando su desvelada noche en oración.

El alba luchaba en el horizonte con oscuros nubarrones secuestrados de la noche, pareciendo estos negros etíopes esforzándose por arrancar á una pura vestal sus velos de blanca gasa. Si bien el gaula había lanzado ya su animada diada á sus compañeros, aun no había descendido del campanario la santa llamada de la iglesia á sus feligreses; pero abríanse ya las puertas del santo templo. En él entró una jóven pálida y macilenta envuelta en un gran pañolón. La iglesia estaba aun solitaria y oscura; las lámparas de plata, continuas centinelas del tabernáculo, hacían brillar con su luz en la negra oscuridad la plata que cubría el altar del Sagrario, y las rílagas que alguna vez despedían de sí las santas luces tomó un suspiro, parecían agitar los rostros de los ángeles postrados en adoración ante el santo de los santos. La débil y plácida luz del día que empezaba á tomarse por las altas claraboyas al pie de la iglesia, las hacía aparecer en la austera sombra del templo como álegres ojos de niños que se aluciesen sonriendo al mirar á su padre.

Dios habla poderosamente al corazón y á la inteligencia del hombre, en el silencio de su templo, con estas palabras que sin pasar por el oído suenan en su corazón; Dios es universal, eterno, y sin medida; para él no hay cosa grande ni cosa pequeña; no hay pasado ni porvenir, ese compás del tiempo; no hay para él secreto, olvido, ni incertidumbre, esas impotencias del hombre. Es maestro y es padre; y si como maestro nos envía los infortunios que son lecciones, como padre une el consuelo á la enseñanza, poniendo en cada infortunio el germen de una virtud, la ocasión de un mérito.

La jóven que con paso vacilante había entrado en la iglesia, la atravesó con el cuerpo doblado y exhalaudo ahogados y lastimeros quejidos, y vino á postrarse en el sagrario; pero era aun tan temprano, que allí se halló sola, y poco después, no pudiendo mantenerse de rodillas, dió un débil gemido y cayó al suelo.

En aquel instante entraba en aquel lugar una señora. Era esta Justa, que había pasado una noche agitada, y que cual la ave que en el mar inquieto busca un refugio en el puerto, buscaba uno para su alma en la iglesia. Las personas creyentes que han padecido, conocen todas esa puerto de refugio.

Esta señora se acercó á la caída jóven, al lado de la cual se arrojó, y cuando vió aquel rostro tan hermoso y juvenil, descompuesto por la mas violenta expresion de sufrimiento, le preguntó asustada y llena de compasion:

- ¿Que tienes, hija?  
 —Creo que voy á morir, contestó la jóven.  
 —¿Pues cómo es que estás aqui y no en tu lecho?  
 —No queria morir sola y sin los socorros de la religion.  
 —¿Y no te los han proporcionado en tu casa?  
 La moribunda meneó la cabeza.  
 —¿Tienes madre?  
 La jóven hizo una señal afirmativa.  
 —¿Dónde está?  
 —En casa.  
 —¿Y qué hacia?  
 —Estaba durmiendo, contestó la pobre niña.  
 —Esa no es tu madre! exclamó Justa con vehemencia: pobrecita! ¿qué edad tienes?  
 —Diez y ocho años, contestó la interrogada.  
 —¿Y de qué mueres?  
 —No sé: ah! Agua, agua, por Dios agua! añadió torciendo y agitando todos sus miembros por el dolor.

(Continuará.)

## EL MILANO Y LAS PALOMAS.

Escuchad mi amistoso consejo,  
 Decía un milano  
 De palomas á un bando, que el vuelo  
 Llevaba muy alto.

Vuestro bien me interesa en extremo,  
 Y veo admirado  
 Que os cansais en subiros al cielo,  
 Sin fruto volando.

Pues la nube no encierra en su seno  
 Semillas ni granos,  
 Y dejais á los hijos sin cebo,  
 Que esperan cultados.

A la tierra careanas corriendo  
 Inmensos espacios,  
 Hallareis al instante el sustento  
 Que abunda en los campos.

Si observais á qué altura me elevo,  
 Y en giros variados  
 Mi volar en un punto concentro,  
 Y de él no me aparto,

Es que miro constante y acecho  
 perdiz ó gazapo,  
 Que han de ser para mí y mis hijuelos  
 Dulcísimo pasto.

Las palomas, á quienes artero  
 Hablaba el bellaco,  
 Le responden: no, amigo: tu intento  
 Lo vemos bien claro.

Aconsejas que cerca del suelo  
 Unidas corramos,  
 Porque entonces, de arriba cayendo,  
 Nos echas el gancho;

Y si encima de tí nos ponemos  
 Huyendo del daño,  
 De tus garras y pico sangriento  
 Seguro está el bando.

Como el bando, si torpe un gobierno  
 Imita al milano,  
 Por huir de sus garras, el pueblo  
 Se pone mas alto.

PASCUAL FERNANDEZ BAEZA.

## DELICIAS DEL SIGLO DE ORO.

Romance.

Dichosos tiempos aquellos  
 de las edades doradas,  
 siglos sin tuyo y sin mio,  
 siglos sin toma y sin daca.

En vez de calzon los hombres,  
 las hembras en vez de enaguas,  
 plantábanse una corona  
 y unas hojillas de parra.

No conocían caseros,  
 medicina ni farmacia,  
 ni sastres, ni prestamistas,  
 ni escribanos ni otras gangas.

Llevaban, y sin bozales,  
 por falderillos las damas  
 osos, leones y tigres;  
 y estrigina no se usaba.

Quería un chico á una chica  
 y, sin suspiros ni cartas,  
 la plantaba un *yo te adoro*  
 ante el lucero del alba.

Y publicaba sus bodas  
 al dulce son de la flauta;  
 que por faltar gacotillas  
 era la forma ordinaria.

Eran los *duelos* de entonces  
 en los bosques de esmeralda;  
 todo el pueblo por padrino  
 y dos zampoñas por armas.

Llenos de filantropía  
 los árboles y las plantas,  
 dar de comer al hambriento  
 siempre tuvieron por máxima.

Y, haciendo una reverencia  
 á los hombres, se inclinaban  
 para que del dulce fruto  
 les espulgasen las ramas.

Y luego, en vez de sorbetes,  
 de ponches y de Champaña,  
 ofrecía el arroyuelo  
 sus limpias ó turbias aguas.

Grutas oscuras y frescas  
 eran entonces las casas,  
 y así nadie en aquel tiempo  
 se tiró por la ventana.

No habiendo ferro carriles,  
 ni postas, ni aceleradas,  
 nadie pensó en ver mas bosques,  
 ni otro cielo, ni otras caras.

Ni se halló quien por azumbres  
 linfas de azufre tragára;  
 ni hubo hermosa que sus nervios  
 bañase en remotas playas.

La verdad dicen que entonces  
 en los labios alojaba:  
 ¡buenas cosas oirían  
 las inocentes zagalas!

Tal era el siglo de oro,  
 de paz y de inocentadas,  
 acerca de cuya dicha  
 solo una duda me asalta:

¿Se conocieron las lluvias,  
 el viento, la nieve cándida,  
 las puimonías, el tifus  
 y las calenturas gástricas?

Que si todo esto sufrían  
 aquellas rocas humanas,  
 y bajo el oro del siglo  
 se escondían tales plagas;

y si andaban, como dicen,  
 con la propia piel por capa,  
 tomando el sol sin sombrilla  
 y la lluvia sin paraguas,—  
 buen provecho el verde campo  
 y el arroyuelo y las auras;  
 no trueco yo tantas dichas  
 por las presentes desgracias.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.